

Juan Montiel, el preso que comprendió su lógica

Por Luis David Oñate Amador
Estudiante programa de Derecho
Universidad del Magdalena

Así como poco a poco se va consumiendo un cigarro al prenderse, así mismo piensa Juan Montiel que se consume su vida dentro de las cuatro paredes que componen su celda en la prisión.

Sus “mejores” momentos o, mejor, sus momentos menos malos los pasa fumando, escribiendo y escuchando música en una pequeña grabadora. Asegura que un cigarrillo lo lleva a ver una radiografía de lo que ha pasado en todos sus años de vida, especialmente los que pasó antes de estar encerrado; y escribir dice que hace que se desahogue en instantes de pena.

La cárcel crea en él un espacio de inspiración. Parece ser que cuatro paredes te llevan a pensar mucho. También, se pone a observar, por una pequeña ventana de su celda que le da ventilación, un pequeño panorama de la gran ciudad con sus edificios, casas y árboles.

Un gran amigo de Juan es el guardia Gómez. De él se puede decir que habla con Juan durante su turno. Los separa en las tertulias una pequeña reja de hierro de no más de un metro por dos.

Juan Montiel, el preso que comprendió su lógica

Por Luis David Oñate Amador

Una tarde de esas en que un buen dominó y unos buenos cigarros nunca faltan, Gómez le dijo a Juan:

—Juan Montiel, déjame comentarte que tuve otra pena en el amor.

—No te preocupes, tú sabes que yo me auto poseioné un gran consejero en esos temas —respondió Gómez.

—No creo que tú puedas ayudarme con esto y, además, ¿por qué has de tener experiencia en el amor, simple hombre?

—Por algo será —respondió.

Gómez al principio empezó a reírse, pues no lo creyó, pero después de que hablara sobre sus penas a Juan, el mismo Gómez quedó sorprendido de los buenos consejos.

—Juan, gracias por eso. Y te digo de una vez que tienes una gran inspiración; espero algún día tenga provecho.

—Gracias, me has dado muchas ideas también.

Ahí terminó la tertulia de aquella tarde. Gómez tuvo que entregar el turno y Juan quedó con una buena reflexión.

Una mañana de visitas, un guardia golpeó la reja de la celda de Juan con el bolillo y le señaló:

—Montiel, tienes visita.

Juan quedó sorprendido, pues nunca había recibido visita en más de cinco años en la prisión.

Fue acompañado de un guardia al patio, y no sabe por qué lo hizo, pero se llevó consigo una carpeta donde guardaba sus mejores textos, y en una mesa Juan vio lo que menos pensaba ver en ese momento. Su exnovia, la que en un tiempo tanto amó y se desveló por ella, y que por cuestiones del destino terminaron, fue a visitarlo.

Ambos se abrazaron y se quedaron congelados mirándose a los ojos unos minutos. Ella tomó la palabra y empezó a preguntarle cómo habían sido sus días encerrado. Juan fue respondiéndole y a la vez recordaba esos buenos momentos que pasó junto a ella. Después de hablar sin parar, ella le dijo que le mostrara esa carpetita que portaba; fue ahí donde observó que Juan era una persona con un talento innato. Ella se lastimó tanto interiormente que Juan tuvo que pasar por la cárcel para poder descubrir lo que portaba en él.



Ambos encontraron en sí mucho sentimiento del pasado y, ya casi finalizando, un beso aumentó esa pasión desenfrenada que se volvió a encontrar en ellos. Juan solo le dijo “calla, no digas nada”. Ella le prometió que estaría hasta el final de la vida con él. Además, le hizo caer en la cuenta a Juan de que a ese talento había que sacarle provecho y que los días de encierro se irían como “papelitos en el aire”. A ella le tocó irse, su tiempo de visita había acabado.

Una buena noticia le llegó a Juan días después. Una orden expresa por la Corte que lo condenó, manifestaba que le harían una rebaja de pena. Juan no lo podía creer. Reflexionó y sonrió. Por su mente pasaba un lapsus de sus momentos en la cárcel: desde sus primeros días ahí hasta ese día.

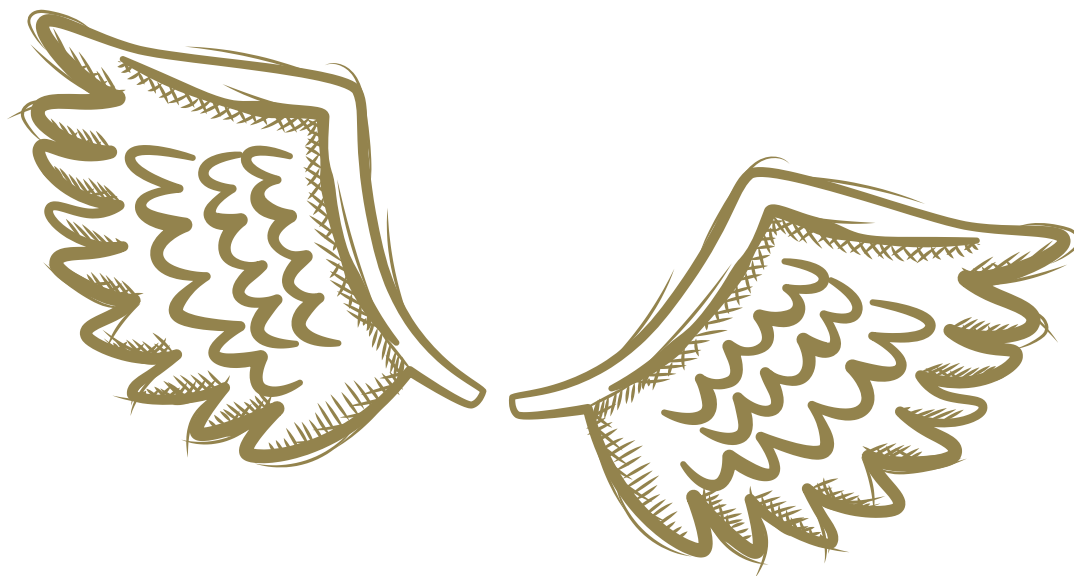
Un día como cualquiera tocaron la reja de la celda de Juan. Era Gómez, quien le dijo a Juan:

—Montiel, llegó tu día. Te vas de aquí.

Juan empacó lo poco que tenía en una pequeña maleta, dejó esa celda fría y oscura que lo había acompañado por años, y como un gesto de despedida y agradecimiento, Montiel abrazó fuertemente a Juan. Al pasar todos los filtros para su salida, se encontró con la grata sorpresa de que su amada novia, la que tanto ama y por la que en ocasiones sufrió, lo fue a recoger. Faltaba lo último la huella de Juan en aquel papel que dictaría su salida de la prisión.

Juan Montiel, el preso que comprendió su lógica

Por Luis David Oñate Amador



Juan Montiel, el preso que comprendió su lógica

Por Luis David Oñate Amador

Fue así como Juan puso un pie en la calle después de tanto tiempo. Ahí, en ese preciso segundo, encontró su lógica en la vida, esa misma lógica que no comprendía cuando estuvo preso y que, por primera vez, vio que esta sí tenía un fundamento. El fundamento era la sed de libertad, que pasó a ser una sensación y terminó siendo una realidad.

Juan Montiel mira con la frente en alto, tiene firme convicción de un futuro mejor, sabe que lo que sigue no será fácil; sin embargo, tiene a su lado a la mujer que ama, la cual será su apoyo en la búsqueda de la calidad de vida en su camino. 🏠